


En un lugar solitario

DOROTHY B. HUGHES

Traducción de Ramón de España

gatopardo ediciones 

Título original: *In a Lonely Place*

Copyright © 1947, 1975 by Dorothy B. Hughes

All rights reserved

Published here by permission of the Estate of Dorothy B. Hughes

© de la traducción: Ramón de España

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U., 2019

Rambla de Catalunya, 131, 1^º-1^ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: noviembre de 2019

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: Humphrey Bogart y Gloria Grahame,

In a Lonely Place (1950)

©Sportsphoto/Alamy Stock Photo. Fotógrafo: A. F. Archive

ISBN: 978-84-17109-74-5

Depósito legal: B-21734-2019

Impresión: Reinbook serveis gràfics S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Charlotte

«Es en un lugar solitario donde tienes que hablar
con alguien, y buscar a alguien, hacia el final del día.»

J. M. SYNGE

CAPÍTULO 1

I

Se estaba bien allí, de pie en el promontorio con vistas al mar nocturno, mientras la niebla se alzaba como un velo de gasa hasta rozarle el rostro. Había en ello algo parecido a volar; la sensación de estar suspendido muy por encima de la tierra, de formar parte de la locura del aire. Y también de estar encerrado en un mundo extraño y desconocido, en una bruma de nubes y viento. Le había gustado volar de noche; lo echó de menos después de que la guerra terminase de aquel modo tan abrupto. No era lo mismo volar en un avioncito privado. Lo intentó, pero era como volver a picar piedra tras haber empleado herramientas de precisión. Aún no había encontrado nada parecido a volar sin cortapisas.

No le ocurría con frecuencia poder capturar algo de la sensación de poder, euforia y libertad que le producía surcar los cielos en solitario. Aquí podía evocarla mínimamente mientras miraba hacia el océano, que enviaba sin parar sus olas desde el horizonte; aquí, muy por encima de la carretera de la playa, con su tráfico que se arrastraba lentamente y sus puntos de luz. La silueta de las casas de la playa zigza-

gueaba contra el cielo, pero no oscurecía la pálida extensión de arena ni las negras e inquietas aguas de más allá.

No sabía por qué no había venido antes. No estaba lejos. Ni siquiera sabía por qué había ido a aquel lugar esa noche. Cuando se subió al autobús, carecía de destino. Sólo sentía inquietud. Y el autobús lo trajo hasta aquí.

Extendió la mano hacia la espesa niebla como si quisiera capturarla, pero sólo consiguió atravesarla y sonrió. Eso también resultaba muy agradable: su mano era un avión que atravesaba una nube. El aire marino olía muy bien mientras la oscuridad lo envolvía con suavidad. Volvió a meter la mano en la niebla inquieta.

No le gustó que un autobús apareciera de repente por la calle, tras él, y le robara la paz con su horrible ruido, su olor y su luz. Le molestaba profundamente esa intromisión. Volvió de inmediato la cabeza para dedicarle una mueca furiosa. Como si esa caja enorme tuviese vida además de movimiento y pudiera avergonzarse del disgusto que causaba. Pero al volver la cabeza vio a la chica. Estaba bajando del autobús. Ella no podía verle porque no era más que una silueta entre la niebla y la oscuridad; no podía saber que él la estaba dibujando en su mente como si ésta fuese una hoja de papel.

Era menuda, de cabello oscuro y rostro redondeado. Y más que bonita, tenía muy buen aspecto y parecía una buena chica. Muy marrón toda ella: pelo castaño, traje marrón, zapatos y bolso marrones y hasta un sombrerito de fieltro marrón. Empezó a pensar en ella mientras la veía bajar del autobús; no volvía a casa tras hacer unas compras, pues no llevaba ningún paquete; no iba a una fiesta, con ese traje a medida y esos zapatos tan cómodos. Debía de venir del trabajo, lo cual significaba que se apeaba del autobús de Brentwood todas las noches en esta solitaria esquina —le echó un vistazo a su reloj iluminado— a las siete y veinte.

Puede que hubiese trabajado hasta tarde esa noche, pero eso podía comprobarse con facilidad. Lo más probable es que estuviese empleada en una productora, que saliera a las seis y que tardara una hora en llegar a casa.

Mientras pensaba en ella, el autobús había desaparecido y la chica atravesaba el empinado cruce y venía directa hacia él. Bueno, no exactamente: no podía saber que se encontraba allá en lo alto, entre la oscura niebla. Volvió a ver su rostro mientras pasaba bajo la luz amarillenta envuelta en la bruma, vio que a ella no le gustaban la oscuridad ni la niebla ni la soledad. La chica enfiló el California Incline hacia abajo; él podía oír sus tacones golpeando con fuerza el combado pavimento, como si el ruido que hacía la tranquilizara de algún modo. No la siguió de inmediato. En realidad, no pretendía seguirla. Sin pararse a pensarlo, se encontró recorriendo la sinuosa pendiente. No andaba haciendo ruido, como ella, ni andaba rápidamente. Pero ella se dio cuenta de que lo tenía detrás. Lo notó cuando los taconazos se incrementaron, como si hubiese estado a punto de tropezar, y aceleró el paso. Él no lo hizo, siguió a su ritmo, pero alargando las zancadas mientras sonreía levemente. Ella estaba asustada.

Podría haberla atrapado fácilmente, pero no lo hizo. Era demasiado pronto. Mejor aguantar hasta haber superado la loma, en el tramo intermedio del camino, y luego acercarse a ella. Pegaría un gritito, o puede que sólo suspirara, cuando apareciese a su lado. Y entonces él le diría suavemente «Hola». Nada más que «hola», pero ella se asustaría aún más.

La chica acababa de atravesar el tramo intermedio de la loma y estaba ya en la parte final del recorrido. Caminaba rápido. Pero mientras él alcanzaba ese tramo, un coche giró en la esquina, arrojando su luz cegadora sobre ambos. Volvió a asomarse la rabia en su rostro; aminoró el paso. El coche aceleró cuesta arriba y lo dejó atrás, pero el daño ya

estaba hecho. Como si se tratara de un desfile, una afluencia de coches siguió al primero, arañando con sus luces el sendero, la carretera y las altas Palisades de barro más allá. La chica estaba a salvo, podía sentir el alivio en sus pasos. La ira le golpeó como a un tambor.

Cuando alcanzó la esquina, ella ya estaba cruzando la calle: una silueta marrón bajo la amarilla luz de la niebla que marcaba la intersección. La observó cruzar, llegar a la acera de enfrente y desaparecer tras la oscura puerta de una de las tres casas adosadas que había allí. Podría haber continuado, pero las casas estaban iluminadas, alguien la esperaba ahí dentro. Y él no tenía ninguna excusa para presentarse en su puerta.

Mientras seguía allí de pie, un autobús de color azul celeste dobló la esquina; se apeó una señora de mediana edad y él se subió. Le daba igual adónde fuera, pues sólo quería dejar atrás la luz de la niebla. Había unos pocos pasajeros, todo mujeres, mujeres tristes. El conductor era un tipo flaco y con pinta de granjero; hacía ruido en la caja de monedas al darte el cambio, mientras seguía mirando hacia la noche. El trayecto costaba cinco centavos.

Dentro de esa caja iluminada dejó atrás los negros acantilados. A un lado de la carretera había un montón de casas de veraneo y de bares que ocultaban el mar. La niebla pasaba lentamente junto a las ventanillas. El autobús ya no pararía hasta llegar al final de aquel tramo de carretera donde había una curva cerrada. Bajó cuando el vehículo se detuvo. Era evidente que a partir de ahora abandonaba el mar y se internaba en el oscuro cañón. Echó a andar y recorrió la breve manzana que lo separaba de una pequeña zona de comercios. No supo por qué lo hacía hasta que alcanzó esa esquina y miró calle arriba. Había bastantes sitios para comer, puestos de hamburguesas; había un pequeño drugstore y un bar. Quería tomarse una copa.

Era un bar bonito, con una proa de barco que llegaba hasta la acera y un interior oscuro también como un barco. Era un bar para hombres, aunque había una mujer de cabello oscuro y voz chillona. Estaba con dos hombres y armaban bastante barullo. No le cayeron bien. A diferencia del viejo de largos bigotes blancos que había tras la barra. Ese hombre tenía el aire tranquilo y competente de un capitán de barco.

Pidió un whisky solo, pero cuando el viejo se lo puso delante, ya no lo quería. Se lo bebió de un trago, pero sin que realmente le apeteciera. No había necesitado una copa, pues ya se había relajado en el autobús. Ya no estaba enfadado con nadie. Ni siquiera con esos tres escandalosos hijos de perra de la barra.

Las campanillas de barco de detrás de la barra sonaron para dar la hora, ocho campanadas. No había ningún sitio al que quisiera ir, ni nada que tuviese ganas de hacer. Ya no le importaba la chica menuda de cabello castaño. Pidió otro whisky a palo seco. Cuando se lo sirvieron, ni lo tocó, limitándose sólo a dejarlo ahí delante, sin ningunas ganas de beberse.

Podría acercarse hasta a la playa, sentarse en la arena y oler la bruma y el mar. Ahí se estaría tranquilo y a oscuras. El mar había reaparecido justo antes de que el autobús torciera su rumbo; la playa estaba allí al lado. Pero no se movió. Se encontraba muy a gusto en su sitio. Encendió un cigarrillo y le dio vueltas al vaso sobre la madera pulida de la barra. Lo hizo sin derramar una sola gota.

Sus oídos pillaron la palabra que acababa de pronunciar la mujer de la voz estridente. No la estaba escuchando, pero esa palabra le sorprendió y le pareció que era «Brub». Recordó que Brub vivía por allí. No lo había visto desde hacía casi dos años; sólo había hablado con él una vez, meses atrás, cuando llegó a la costa. Le prometió que le llamaría cuando se hubiese instalado, pero no lo hizo.

Brub vivía en el Santa Monica Canyon. Dejó la bebida en la barra y se trasladó rápidamente a la cabina telefónica del rincón. El listín estaba hecho trizas, pero era de Santa Mónica y en él figuraba su nombre, Brub Nicolai. Metió una moneda de cinco centavos en la ranura y preguntó por su número.

Descolgó una mujer; se mantuvo a la espera mientras ella llamaba a Brub. La voz de éste sonó con un tono de curiosidad.

—Dígame.

Se emocionó con sólo escuchar su voz. No había nadie como Brub, sus años en Inglaterra no habrían sido lo mismo sin él. Estaba contento como un crío.

—Hola, Brub —deseaba que Brub sintiera o intuyese que era él. Pero Brub no lo sabía. Estaba desconcertado. Le preguntó:

—¿Quién llama?

La ilusión lo dominaba.

—¿Quién crees que te está llamando? —preguntó. Y luego gritó—: Soy Dix. Dix Steele.

Fue un buen momento. Era como había imaginado, con Brub tragando saliva y luego exclamando:

—¡Dix! ¿Pero dónde te habías metido? Pensé que habrías vuelto al Este.

—No —repuso. Se sentía calentito y confortable compartiendo el entusiasmo de Brub—. He estado bastante ocupado. Ya sabes cómo va; una cosa por aquí, otra por allá...

—Sí, ya lo sé —comentó Brub—. ¿Dónde estás ahora? ¿Qué estás haciendo?

—Estoy en un bar —dijo, y oyó el gruñido de satisfacción de Brub. Habían pasado casi todos sus ratos libres en los bares; en aquellos tiempos lo necesitaban. Brub no sabía que Dix ya no estaba enganchado al alcohol; tenía muchas

cosas que explicarle a Brub, su hermano mayor—. Está al lado del mar, tiene una proa de barco junto a la puerta...

Brub le interrumpió.

—¡Pero si estás prácticamente a dos pasos de aquí! Nosotros vivimos en Mesa Road, a un par de manzanas de ahí. ¿Te vienes?

—Ya casi estoy ahí. —Colgó, comprobó el número de la calle en el listín, volvió a la barra y se bebió el whisky de un trago. Esta vez le supo a gloria.

Ya estaba en la calle cuando cayó en la cuenta de que no tenía coche. Había estado caminando esa misma tarde, se había subido a un autobús de la línea Wilshire-Santa Mónica y ahora estaba en Santa Mónica. Llevaba meses sin pensar en Brub hasta que esa espantapájaros de la barra dijo algo que sonaba como «Brub». O no lo dijo; en realidad había llamado «Bud» al espantapájaros que tenía al lado, pero él se acordó de Brub. Y ahora iba a verlo.

Cosa del destino, un taxi se detuvo de repente ante el semáforo en rojo. Al principio no lo reconoció, era un coche negro y maltrecho conducido por un tipo joven y sin gorra. Vacío. Leyó lo que ponía, «Santa Monica Cab Co.», mientras empezaban a cambiar las luces, y salió pitando hacia esa calle solitaria gritando: «Eh, taxi».

Como era natural, el conductor se detuvo y lo esperó.

—¿Sabe por dónde cae Mesa Road? —Aún tenía la mano en la puerta.

—¿Ahí es donde quiere ir?

—Sin la menor duda. —Subió al coche de lo más feliz—. Al 520.

El taxista dio media vuelta y enfiló por donde había venido, unas cuantas manzanas colina arriba, un giro a la izquierda y una cuesta empinada. La niebla cubría el cañón allá abajo, con su color blanco sucio; el limpiaparabrisas retiraba la humedad.

—Eso es casa de Nicolai —dijo el taxista.

Estaba agradablemente sorprendido de que el conductor supiese adónde iba. Era una buena señal; significaba que Brub no había cambiado. Brub todavía conocía a todo el mundo, y todo el mundo lo conocía a él. Vio cómo los faros antiniebla del coche giraban, daban la vuelta y enfilaban la colina hacia abajo. Lo de esperar y mirar era algo inconsciente; sólo pensaba en la imagen del ámbar atravesando esa almohada de niebla.

Había una verja que abrir; y el buzón de al lado era blanco. En letras negras ponía «B. Nicolai, Mesa Road, 520». Ese nombre le emocionó. La casa estaba en lo alto de una terraza llena de flores, pero había una luz de bienvenida, ámbar como un faro antiniebla, en la ventana principal. Ascendió los irregulares peldaños que conducían hasta la puerta. Esperó unos segundos antes de tocar la aldaba, de nuevo sin ser consciente de ello, sólo saboreando el momento previo al encuentro. Nada más dar un golpe, la puerta se abrió de par en par y ahí estaba Brub.

No había cambiado. El mismo cabello oscuro y corto, la misma cara cuadrada con la sonrisa en la boca y esos ojos negros y brillantes. Los mismos hombros robustos y el mismo aspecto de lobo de mar; se balanceaba como un marinero en tierra. O como un luchador. Un buen luchador. Así era Brub.

Observaba a Dix mientras le estrechaba cálidamente la mano.

—Hola, viejo granuja —dijo—. ¿Se puede saber por qué no has llamado antes? Deja que te mire.

Sabía exactamente qué era lo que veía Brub, como si su amigo fuese un espejo ante el que ya se había mirado antes. Un tío joven, un jovenzuelo de lo más normal. Bronceado, pelo claro con algún que otro rizo, estatura mediana y peso acorde con ella. Ojos de color avellana, boca y nariz

adecuadas para el rostro, una cara agradable, pero sin nada relevante, nada que lo alejara de lo habitual. Un buen traje de tela de gabardina que le había costado un ojo de la cara, una camisa informal de cuello abierto. Puede que la expresión estuviese acentuada por la alegría y la felicidad del momento, por el hecho de reencontrarse con un viejo y querido amigo. Normalmente, Dix no era de esas personas que se recuerdan.

—Déjame que te eche un vistazo —dijo a su vez. Le sacaba una cabeza a Brub, así que él lo miraba hacia abajo y el otro lo observaba hacia arriba. Se analizaron mutuamente en silencio, satisfechos con lo que veían, y rompieron el silencio al unísono—. No has cambiado nada.

—Pasa. —Brub lo cogió del brazo y lo condujo por el agradable y algo oscuro pasillo hasta un salón luminoso.

Dix se sorprendió un poco al cruzar el comfortable salón lleno de luz. Las cosas no eran iguales. Ahí había una chica, una chica que tenía todo el derecho a estar. La vio como siempre la vería, una muchacha espigada con un sencillo vestido beis, ovillada en un gran sillón de orejas junto a la chimenea blanca. El sillón era llamativo, tapizado en una combinación de verdes y granates, como flores tropicales, y con unos matices de color cereza para romper la monotonía. Su pelo rubio y muy claro, como de oro plateado, lo llevaba recogido en una especie de moño a la altura de la nuca. Tenía un rostro agradable, aunque no era especialmente bonita: una cara angulosa, con pómulos marcados y nariz recta. Sus ojos eran preciosos, de color azul marino, desplegados como alas, y su boca, una hermosa curva. Pero la muchacha no era hermosa; ni siquiera te fijarías en ella en un salón lleno de mujeres guapas, o en un bar o un club nocturno. No repararías en ella porque estaría muy calladita; era una dama y no querría llamar la atención.

Aquí estaba a sus anchas; era la señora de la casa y se veía hermosa en ese entorno. Antes de que nadie dijese nada, Dix supo que era la mujer de Brub. La manera en que sonreía cuando ambos entraron, el modo en que esa sonrisa se asentaba a medida que Brub iba hablando.

—Éste es Dix, Sylvia. Dickson Steele.

Ella extendió la mano y le acabó la frase:

—... Del que constantemente te he oído hablar. Hola, Dix.

Dix se acercó sonriente y le estrechó la mano. Salvo ese primer momento, no había hecho ni un gesto. Pero nadie se había dado cuenta.

—Hola, Sylvia —dijo. La mujer se había puesto de pie y era tan alta como Brub. Dix sostuvo su mano mientras se volvía hacia Brub, un orgulloso y sonriente Brub—. ¿Por qué no me dijiste que te habías casado? ¿Por qué esconder a esta hermosa criatura bajo el manto de tu indiferencia?

Sylvia retiró la mano y Brub se echó a reír.

—Suenas igual que el Dix del que he oído hablar —repuso ella. Tenía una bonita voz, tan brillante como su cabello claro—. ¿Tomas cerveza con nosotros, o eres un obstinado bebedor de whisky?

—Aunque Brub se sorprenda, me tomaré una cerveza —dijo.

Era un espacio confortable. El salón era estupendo, pese al sillón chillón, con un sofá verde hierba y otro más amarillo que el sol. Había unas esteras de color claro sobre el suelo barnizado; y un sillón verde y macizo; y unas tupidas cortinas blancas que cubrían las persianas. Buenas reproducciones artísticas: O'Keeffe y Rivera. El bar era de madera clara y estaba en un rincón idóneo y discreto. Debían de tener una nevera, pues la cerveza estaba muy fría.

Sylvia abrió la botella, vertió la mitad en un vaso alto y helado y se lo dejó en una mesita que tenía al lado. Le dio

otra a Brub y se sirvió un vaso para ella. Sus manos eran encantadoras, finas y serenas y precisas; se movía sin hacer ruido y con la misma precisión. Probablemente se trataba de una mujer estupenda para llevársela a la cama; ni un movimiento de más, serenidad.

Cuando vio lo que estaba pensando, repitió:

—¿Por qué no me dijiste que te habías casado?

—¿Que te lo dijera! —rugió Brub—. Me llamaste hace siete meses, en febrero, el día 8 para ser exactos, y me dijiste que acababas de llegar y que ya me avisarías cuando te hubieses instalado. Y eso fue lo último que supe de ti. Dejaste el Ambassador tres días después sin informar de tu nueva dirección. ¿Cómo querías que te explicase nada?

Dix sonrió ligeramente mientras bajaba la vista y miraba la cerveza.

—¿Qué pasa, Brub, me controlas?

—Intentaba localizarte, maldito chiflado —repuso Brub con alegría.

—Como en los viejos tiempos —dijo Dix—. Brub me cuidaba como si fuese mi hermano mayor, Sylvia.

—Alguien tenía que hacerlo.

—¿Cuánto lleváis casados? —insistió Dix.

—En primavera hará dos años —le informó Sylvia.

—Una semana y tres días después de volver a casa —intervino Brub—, eso es lo que necesitó ella para pedir hora en el salón de belleza.

—Lo cual no le hacía ninguna falta —sonrió Dix.

Sylvia le devolvió la sonrisa.

—Es el tiempo que Brub necesitó para reunir el dinero para la licencia matrimonial. ¡Y dicen que los marineros son unos borrachos! Se lo gastaba todo en flores y regalitos, pero se olvidaba de que una boda cuesta dinero.

Un espacio confortable, charla y cerveza. Dos hombres. Y una mujer encantadora.

—¿Por qué te crees que combatí en la guerra? Para volver con Sylvia —dijo Brub.

—¿Y usted por qué fue a la guerra, señor Steele? —La sonrisa de Sylvia no era coqueta, pero lo parecía.

—Por los permisos de fin de semana para Londres —sugirió Brub.

Contrarrestó el comentario de Brub respondiendo seriamente. Quería causarle una buena impresión a esa mujer.

—Me lo he preguntado a menudo, Sylvia. ¿Por qué yo o quien sea se va a la guerra? La obligación no es motivo suficiente. No tenía que alistarme cuando lo hice. Supongo que pensaba que era lo que había que hacer. Y las Fuerzas Aéreas eran lo apropiado. En la universidad todos estábamos locos por volar. Yo estaba en Princeton, en segundo curso, cuando empezó el baile. Y no quería que me dejaran fuera de la diversión.

—Brub iba a Berkeley —recordó ella—. Tienes razón, es lo que había que hacer.

Habían entrado en un terreno seguro, el de la conversación seria. Brub abrió dos cervezas más para Dix y él.

Y luego dijo:

—Era lo que había que hacer, o así lo considerábamos. Somos una generación orgullosa, Dix, si nos pinchan no queremos que nadie sepa que sangramos. Pero la autodefensa es uno de los pocos instintos primarios que nos quedan. Pese a las apariencias, aquello era defensa propia. Y lo sabíamos.

Dix asintió con indiferencia. En esta casa se podía estar de acuerdo o disentir. Nadie se llevaba una bronca por decir lo que fuese. Aquí no había recelos, ni ningún motivo para tenerlos. Incluso de una mujer. O tal vez gracias a ella. Era muy dulce.

Escuchó la voz de Sylvia como si viniese de lejos, como si tuviera que atravesar una película de bruma gris.